

La Eucaristía

1 Sacramento admirable

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. (Jn 13, 1)

Este preámbulo tan solemne de San Juan indica la importancia de los acontecimientos que van a suceder en la última cena.

"Nuestro Salvador, en la última Cena, la noche en que fue entregado, instituyó el sacrificio eucarístico de su cuerpo y su sangre para perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la cruz y confiar así a su Esposa amada, la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección, sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de amor, banquete pascual en el que se recibe a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria futura" (CONCILIO VATICANO II, Constitución Sacrosanctum Concilium n. 47).

1.1 Importancia de la Eucaristía

Es el sacramento más importante, porque en él culmina la iniciación cristiana de los que han recibido el Bautismo y la Confirmación.

Todo en la Iglesia hace referencia a la Eucaristía.

La Eucaristía es "fuente y cima de toda la vida cristiana" (LG 11). "Los demás sacramentos, como también todos los ministerios eclesiales y las obras de apostolado, están unidos a la Eucaristía y a ella se ordenan. La sagrada Eucaristía, en efecto, contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua" (PO 5). (Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1324)

Significa y realiza la comunión con Dios y la unidad del Pueblo de Dios:

"La Eucaristía significa y realiza la comunión de vida con Dios y la unidad del Pueblo de Dios por las que la Iglesia es ella misma. En ella se encuentra a la vez la cumbre de la acción por la que, en Cristo, Dios santifica al mundo, y del culto que en el Espíritu Santo los hombres dan a Cristo y por él al Padre" (CdR, inst. "Eucharisticum mysterium" 6). (Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1325)

Nos une a la liturgia del cielo y anticipa la vida eterna:

Finalmente, la celebración eucarística nos unimos ya a la liturgia del cielo y anticipamos la vida eterna cuando Dios será todo en todos (cf 1 Co 15,28). En resumen, la Eucaristía es el compendio y la suma de nuestra fe: "Nuestra manera de pensar armoniza con la Eucaristía, y a su vez la Eucaristía confirma nuestra manera de pensar" (S. Ireneo, haer. 4, 18, 5). (Catecismo de la Iglesia Católica, nn. 1326-1327).

Por todo esto, se puede decir que la Eucaristía es "centro y raíz de la vida interior del cristiano" (Beato Josemaría Escrivá de Balaguer).

La Eucaristía no es simplemente uno de los sacramentos. Pertenece, ciertamente, a la economía sacramental, y no puede hacer sombra al valor del Bautismo, de la Confirmación y del perdón sacramental. Sin embargo posee una excelencia única, siendo el sacramento en el que no sólo nos es dada la gracia sino el autor mismo de la gracia. En ella la persona de Cristo se manifiesta del modo más inmediato y actual.

¿Cómo no ser sorprendidos por las palabras “Esto es mi cuerpo”, “Éste es el cáliz de mi sangre”? ¿Cómo no admirar el camino elegido por una sabiduría soberana para ofrecer una presencia de carne y de sangre que según nuestro modo de pensar no habría podido ser más que el recuerdo de un pasado ya transcurrido? Allí donde nosotros no podemos ver más que pan y vino, estamos colocados, en cambio, ante la afirmación de esta presencia. ¿Cómo no asombrarse del hecho de que Aquel que es Dios se ofrezca como alimento y bebida a quienes son sus mismas criaturas? Por su parte, es tal abajamiento y tan gran humildad que nos confunden. Él, que es el Señor, se pone enteramente a nuestra disposición, a nuestro servicio. ¿Cómo no preguntarnos por qué Aquel que consumió su sacrificio en la cruz y lo concluyó con el triunfo de su resurrección, no querido que su ofrecimiento se repitiese sin límites de tiempo en la celebración eucarística? Si el ofrecimiento del Calvario era ampliamente suficiente para obtener la salvación y la gracia para todos los hombres, ¿por qué debía buscar una nueva presencia en la asamblea cristiana?

Para todos estos motivos de asombro y para todas estas preguntas, hay una sola respuesta: en la Eucaristía todo deriva de un amor extremo. Todo descende de una voluntad de don ilimitada (COMITÉ PARA EL JUBILEO DEL AÑO 2000, Eucaristía, sacramento de vida nueva, pags. 17-18).

2 Los nombres de este sacramento

2.1 Nombres principales

La Eucaristía contiene y despliega tantos aspectos del misterio cristiano que ha recibido muy diversos nombres. Cada uno de ellos subraya una dimensión de su multiforme misterio. Pero los que se han hecho más comunes son:

Eucaristía, como nombre propio del sacramento en todas sus dimensiones.

Santa Misa, para la celebración litúrgica en que se confecciona la Eucaristía.

Comunión, para designar la participación de los fieles en el Cuerpo y Sangre de Cristo.

2.2 Otros nombres

Banquete del Señor

Quando os reunís, pues, en común, eso ya no es comer la Cena del Señor (1Cor 11, 20)

Fracción del pan, rito propio del banquete judío:

Y ordenó a la gente reclinarse sobre la hierba; tomó luego los cinco panes y los dos peces, y levantando los ojos al cielo, pronunció la bendición y, partiendo los panes, se los dio a los discípulos y los discípulos a la gente. (Mt 14, 19)

Mientras estaban comiendo, tomó Jesús pan y lo bendijo, lo partió y, dándoselo a sus discípulos, dijo: «Tomad, comed, éste es mi cuerpo.» (Mt 26, 26)

y después de dar gracias, lo partió y dijo: «Este es mi cuerpo que se da por vosotros; haced esto en recuerdo mío.» (1 Cor 11, 24)

Y sucedió que, cuando se puso a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron, pero él desapareció de su lado. (Lc 24, 30-31).

Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones (Hechos 2, 42)

Sinaxis (asamblea):

Y al dar estas disposiciones, no os alabo, porque vuestras reuniones son más para mal que para bien (1 Cor 11, 17).

En este último texto, San Pablo protesta porque se ha introducido la costumbre llevar comida a la asamblea (eucarística)

Sacrificio:

también vosotros, cual piedras vivas, entrad en la construcción de un edificio espiritual, para un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, aceptos a Dios por mediación de Jesucristo (1 Pe, 2, 5).

2.3 Prevalencia del termino “Eucaristía

Aunque el término mas frecuente en las fuentes bíblicas es el de “fracción del pan”, sin embargo, se fue imponiendo poco a poco, en la Tradición Apostólica, el termino “Eucaristía”, que significa literalmente acción de gracias. Los mismos evangelistas y San Pablo, aun a sabiendas de que la acción y palabras de Jesús eran, en el ritual judío una plegaria de bendición (*eulogía*), le dan una nueva calificación, un carácter específico, que no consiente ya asimilarla a la liturgia hebrea, una acción de gracias (*eucaristía*).

Empleando el término “acción de gracias” para describir la oración de Jesús durante la última cena, los cristianos quisieron subrayar la novedad, que era demostrada por una eficacia maravillosa. Ninguna “bendición” hebrea había tenido una eficacia tan admirable. El pan y el vino convertidos en cuerpo y sangre de Cristo testifican el poder transformador de su oración y de su palabra.

Después, la *Didaché*, que es el primer escrito cristiano que conocemos que alude a la celebración eucarística, llama eucaristía no sólo a la oración de acción de gracias pronunciada por Jesús durante la Última Cena, sino también al rito en su conjunto:

Reunidos en el día del Señor, el domingo, partid el pan y dad gracias después de haber confesado vuestros pecados (Didaché, 14, 1).

Más tarde, San Justino, conserva sólo el verbo *eucharisteín* cuando recuerda la tradición de los Evangelios sobre el mandato de Jesús a sus discípulos durante la Última Cena:

Nosotros enseñamos que la comida es la carne y la sangre del mismo Jesús que se ha encarnado, alimento sobre el cual se pronuncia la acción de gracias con la misma palabra de oración venida de él (Apología, 66, 2).

De esta manera, la Eucaristía significa más exactamente la transformación acontecida en el pan y en el vino. La acción de gracias es considerada como una súplica eficaz, gracias a la cual el pan y el vino se convierten en carne y sangre de Cristo.

¿Por qué los evangelistas sustituyeron la expresión “bendición” por la de “acción de gracias”? No fue algo improvisado: la gratitud era una actitud peculiar de Jesús en la hora de los grandes milagros. Así, por ejemplo, Jesús da gracias al Padre antes del milagro de la curación de Lázaro:

Quitaron, pues, la piedra. Entonces Jesús levantó los ojos a lo alto y dijo: «Padre, te doy gracias por haberme escuchado. Ya sabía yo que tú siempre me escuchas; pero lo he dicho por estos que me rodean, para que crean que tú me has enviado.» Dicho esto, gritó con fuerte voz: «¡Lázaro, sal fuera!» (Jn 11, 41-43).

3 Institución de la Eucaristía

3.1 Testimonio de San Pablo

El texto de la primera Carta a los Corintios es el relato más antiguo de la institución de la Eucaristía, pues esta carta fue escrita en torno al año 56-57, antes que cualquiera de los Evangelios. Pero además de por la antigüedad, destaca por el énfasis con que San Pablo lo escribe; en concreto, por el uso de la expresión que usa al introducir el tema: “Porque yo he recibido una tradición que procede del Señor”. Veamos el texto entero:

Porque yo recibí del Señor lo que os he transmitido: que el Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó pan, y después de dar gracias, lo partió y dijo: (1 Cor 11, 23)

En la misma carta, y tratando de un tema principalísimo, el de la resurrección de Jesús, San Pablo lo introduce con una expresión parecida:

Porque os transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras. (1 Cor 15, 3-4)

En ambos casos, San Pablo apela a los testigos presenciales, –ya que él no llegó a serlo– de ambos hechos, para dar fuerza a su propio testimonio. Es significativo que San Pablo recurra expresamente a la garantía de la Tradición para dos afirmaciones de la fe: la del drama pascual, muerte y resurrección, y la de la Eucaristía. Con esto parece sugerir que la Eucaristía es una verdad esencial, de la máxima importancia, ligada a la obra de la salvación.

Más aún, es el único que ha conservado el llamado “mandato de reiteración” (la frase “Haced esto en conmemoración mía”) después de la consagración del pan y la del vino. La orden está recogida también en el evangelio de San Lucas, pero sólo para la consagración del pan (Cf. Lucas 22, 19), y las otras dos fuentes, Marcos y Mateo, la omiten”.

Para más claridad, comparemos las cuatro fuentes:

1 Cor 11, 23-26	Lc 22, 19-20	Mt 26, 26-29	Mc 14, 22-25
Porque yo recibí del Señor lo que os he transmitido: que el Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó pan, y después de dar gracias, lo partió y dijo: «Este es mi cuerpo que se da por vosotros; haced esto en recuerdo mío.» Asimismo también la copa después de cenar diciendo: «Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre. Cuantas veces la bebiereis, hacedlo en recuerdo mío.» Pues cada vez que coméis este pan y bebéis esta copa, anunciáis la muerte del Señor, hasta que venga.	Tomó luego pan, y, dadas las gracias, lo partió y se lo dio diciendo: Este es mi cuerpo que es entregado por vosotros; haced esto en recuerdo mío.» De igual modo, después de cenar, la copa, diciendo: «Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros.	Mientras estaban comiendo, tomó Jesús pan y lo bendijo, lo partió y, dándoselo a sus discípulos, dijo: «Tomad, comed, éste es mi cuerpo.» Tomó luego una copa y, dadas las gracias, se la dio diciendo: «Bebed de ella todos, porque ésta es mi sangre de la Alianza, que es derramada por muchos para perdón de los pecados. Y os digo que desde ahora no beberé de este producto de la vid hasta el día aquel en que lo beba con vosotros, nuevo, en el Reino de mi Padre.»	Y mientras estaban comiendo, tomó pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio y dijo: «Tomad, este es mi cuerpo.» Tomó luego una copa y, dadas las gracias, se la dio, y bebieron todos de ella. Y les dijo: «Esta es mi sangre de la Alianza, que es derramada por muchos. Yo os aseguro que ya no beberé del producto de la vid hasta el día en que lo beba nuevo en el Reino de Dios.»

3.2 La Eucaristía, memorial

Las expresiones “conmemoración” o “memoria” son más fuertes que “recuerdo”. Independientemente de las diferentes traducciones –la Biblia de Jerusalén, por ejemplo, usa “recuerdo”–, Jesús, por ser Dios tenía poder sobre el correr del tiempo. Y dispuso que la Eucaristía fuera la manera de hacer presente y actual lo que si no hubiera quedado como un acontecimiento del pasado. La expresión original griega es “anamnesis” (literalmente: “memoria arriba”), que la Vulgata traduce como *commemoratio*.

La Eucaristía no es la repetición de la cena del Jueves Santo, sino el memorial de la pasión del Viernes y de la resurrección del domingo; o, dicho de otra manera: reiterando los gestos del Jueves se actualiza el sacrificio del Viernes; o, también: El banquete, en el que sobre el pan y el vino Jesús usa las expresiones “cuerpo entregado” y “sangre derramada”, es un banquete sacrificial.

La Eucaristía es el memorial de la Pascua de Cristo, la actualización y la ofrenda sacramental de su único sacrificio, en la liturgia de la Iglesia que es su Cuerpo. En todas las plegarias eucarísticas encontramos, tras las palabras de la institución, una oración llamada anámnesis o memorial.

En el sentido empleado por la Sagrada Escritura, el memorial no es solamente el recuerdo de los acontecimientos del pasado, sino la proclamación de las maravillas que Dios ha realizado en favor de los hombres (cf Ex 13,3). En la celebración litúrgica, estos acontecimientos se hacen, en cierta forma, presentes y actuales. De esta manera Israel entiende su liberación de Egipto: cada vez que es celebrada la pascua, los acontecimientos del Éxodo se hacen presentes a la memoria de los creyentes a fin de que conformen su vida a estos acontecimientos (Catecismo de la Iglesia Católica, nn 1362 y 1363)

Tan importante es esta realidad que en las diferentes plegarias eucarísticas de la Misa, al relato de la consagración sigue siempre, además de la aclamación de los fieles, la “anamnesia”. Veámoslas:

Aclamaciones a la consagración			
Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. ¡Ven, Señor Jesús!	Cada vez que comemos de este pan y bebemos de este cáliz, anunciamos tu muerte, Señor, hasta que vuelvas.	Por tu cruz y resurrección nos has salvado, Señor.	
Anámnesis			
<i>Plegaria eucarística I</i>	<i>Plegaria Eucarística II</i>	<i>Plegaria Eucarística III</i>	<i>Plegaria Eucarística IV</i>
Por eso, Padre, nosotros tus siervos, y todo tu pueblo santo, al celebrar este memorial de la muerte gloriosa de Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor; de su santa resurrección del lugar de los muertos y de su gloriosa ascensión a los cielos...	Así, pues, Padre, al celebrar ahora el memorial de la muerte y resurrección de tu Hijo...	Así, pues, Padre, al celebrar ahora el memorial de la pasión salvadora de tu Hijo, de su admirable resurrección y ascensión al cielo, mientras esperamos su venida gloriosa...	Por eso, Padre, al celebrar ahora el memorial de nuestra redención, recordamos la muerte de Cristo y su descenso al lugar de los muertos, proclamamos su resurrección y ascensión a tu derecha; y mientras esperamos su venida gloriosa...

Y de manera análoga, en las nuevas plegarias eucarísticas, al relato de la institución sigue la anámnesis, con formulas parecidas.

4 La presencia real de Jesucristo en la Eucaristía

Lo que distingue a la Eucaristía de los otros sacramentos es el hecho de que el mismo Cristo está presente en ella con su cuerpo y con su sangre. El efecto de las palabras de la consagración no es el de comunicar simplemente una gracia particular, sino el de hacer presente a Aquel en quien toda gracia tiene origen.

4.1 La realidad del Cuerpo y de la Sangre

Aunque la mayoría de las versiones traducen *Esto es mi cuerpo* (San Jerónimo, en la Vulgata, traduce *Hoc est corpus meum*, lo más probable es que, a causa de las características de la lengua aramea, que es la que usaba Jesús, el Señor dijera: “Esto, mi carne”, porque en arameo el verbo ser se omitía; como si en español dijéramos: “He aquí mi carne”. No es correcta la interpretación que hace el protestantismo clásico, que, en ausencia del verbo ser, traduce: “Esto representa –o significa– mi cuerpo”, traducción que comporta la reducción de la presencia real a la presencia simbólica.

Por otro lado, la cuestión de si Jesús dijo *cuerpo* o dijo *carne*, parecería resolverse a favor de “cuerpo”, pues los relatos de la institución usan la palabra griega “*soma*”, y no “*sarx*”, que sería la correspondiente a carne. Pero lo más probable es que utilizara la palabra *carne* si inmediatamente iba a utilizar la palabra *sangre*. En efecto, en lengua aramea es corriente usar el binomio carne-sangre para subrayar la corporeidad de la persona. Y en los mismos evangelios, incluso traducidos al griego, hay muchos ejemplos.

Replicando Jesús le dijo: «Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás, porque no te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos (Mt. 16, 17).

Jesús les dijo: «En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él (Jn 6, 53-56).

En todo caso, en castellano tenemos palabras que significan corporeidad y son derivadas tanto de “*soma*” (por ejemplo, *somático*) como de “*sarx*” (por ejemplo, *charcutería*).

4.2 Riqueza de significado del término “carne”

La invitación de Jesús a comer su carne como alimento da una luz particular sobre el don que hacía de sí mismo en la comida eucarística. La piedad cristiana ha conseguido expresar con mucho acierto esta entrega en los versos del himno *Ave verum*:

*Ave verum Corpus, natum ex Maria Virgine,
vere passum immolatum in Cruce pro homine,
cuius latus perforatum fluxit aqua et sanguine.
Esto nobis pregustatum mortis in examine.
O Iesu dulcis, o Iesu pie, o Iesu filii Mariae.*

*Salve, verdadero cuerpo, nacido de María Virgen,
que has sufrido verdaderamente,
inmolado en la Cruz a favor del hombre,
de cuyo costado perforado brotó agua y sangre.
Que podamos gustarte en el momento de la muerte,
oh Jesús dulce, oh Jesús piadoso,
oh Jesús, hijo de María.*

Esta carne es una carne no contaminada por el pecado original, porque fue concebida por obra del Espíritu Santo virginalmente, sin intervención de varón, en las entrañas de María, que, a su vez, fue concebida carnalmente de modo natural, pero sin contraer el pecado original, en previsión, precisamente de los méritos que alcanzaría su Hijo ofreciendo su cuerpo en el sacrificio de la Cruz. He aquí un ejemplo

de cómo, con la analogía de la fe, los misterios del pecado original, la Inmaculada Concepción, la encarnación, la redención y la Eucaristía, se sostienen y se ilustran mutuamente. Y he aquí también un ejemplo de por qué se dice que la Eucaristía es el *nudo* de los misterios de la fe.

4.3 El modo de la presencia real

El Catecismo de la Iglesia católica recoge la definición del Concilio de Trento sobre el modo de esa presencia real, descrita con tres adverbios: *verdadera, real y substancialmente* presente:

El modo de presencia de Cristo bajo las especies eucarísticas es singular. Eleva la eucaristía por encima de todos los sacramentos y hace de ella "como la perfección de la vida espiritual y el fin al que tienden todos los sacramentos" (S. Tomás de A., s.th. 3, 73, 3). En el santísimo sacramento de la Eucaristía están "contenidos verdadera, real y substancialmente" el Cuerpo y la Sangre junto con el alma y la divinidad de nuestro Señor Jesucristo, y, por consiguiente, Cristo entero" (Cc. de Trento: DS 1651). "Esta presencia se denomina `real', no a título exclusivo, como si las otras presencias no fuesen `reales', sino por excelencia, porque es substancial, y por ella Cristo, Dios y hombre, se hace totalmente presente" (MF 39) (Catecismo de la Iglesia Católica, n 1374).

Y, a continuación, describe el modo de la conversión de la sustancia: la *transubstanciación*:

1375 Mediante la conversión del pan y del vino en su Cuerpo y Sangre, Cristo se hace presente en este sacramento. Los Padres de la Iglesia afirmaron con fuerza la fe de la Iglesia en la eficacia de la Palabra de Cristo y de la acción del Espíritu Santo para obrar esta conversión. Así, S. Juan Crisóstomo declara que:

No es el hombre quien hace que las cosas ofrecidas se conviertan en Cuerpo y Sangre de Cristo, sino Cristo mismo que fue crucificado por nosotros. El sacerdote, figura de Cristo, pronuncia estas palabras, pero su eficacia y su gracia provienen de Dios. Esto es mi Cuerpo, dice. Esta palabra transforma las cosas ofrecidas (Prod. Jud. 1,6).

Y S. Ambrosio dice respecto a esta conversión:

Estemos bien persuadidos de que esto no es lo que la naturaleza ha producido, sino lo que la bendición ha consagrado, y de que la fuerza de la bendición supera a la de la naturaleza, porque por la bendición la naturaleza misma resulta cambiada...La palabra de Cristo, que pudo hacer de la nada lo que no existía, ¿no podría cambiar las cosas existentes en lo que no eran todavía? Porque no es menos dar a las cosas su naturaleza primera que cambiársela (myst. 9,50.52).

1376 El Concilio de Trento resume la fe católica cuando afirma: "Porque Cristo, nuestro Redentor, dijo que lo que ofrecía bajo la especie de pan era verdaderamente su Cuerpo, se ha mantenido siempre en la Iglesia esta convicción, que declara de nuevo el Santo Concilio: por la consagración del pan y del vino se opera el cambio de toda la substancia del pan en la substancia del Cuerpo de Cristo nuestro Señor y de toda la substancia del vino en la substancia de su sangre; la Iglesia católica ha llamado justa y apropiadamente a este cambio transubstanciación" (DS 1642).

1377 La presencia eucarística de Cristo comienza en el momento de la consagración y dura todo el tiempo que subsistan las especies eucarísticas. Cristo está todo entero presente en cada una de las especies y todo entero en cada una de sus partes, de modo que la fracción del pan no divide a Cristo (cf Cc. de Trento: DS 1641).

5 Los frutos de la Comunión

5.1 Unión íntima con Cristo

La comida eucarística tiene como primer efecto una unión más íntima con Jesús. Él entra como alimento en la persona del creyente para estrechar con él unas relaciones más fuertes y transformar todo su interior. Jesús afirma: “Quien come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él” (Jn 6,56). La finalidad de la comida eucarística no consiste, por tanto, en una unión pasajera sino duradera. Quien recibe el cuerpo de Cristo en la Comunión lo acoge para crear una intimidad destinada a prolongarse.

La misa es, a la vez e inseparablemente, el memorial sacrificial en que se perpetúa el sacrificio de la cruz, y el banquete sagrado de la comunión en el Cuerpo y la Sangre del Señor. Pero la celebración del sacrificio eucarístico está totalmente orientada hacia la unión íntima de los fieles con Cristo por medio de la comunión. Comulgar es recibir a Cristo mismo que se ofrece por nosotros. (Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1382)

Hablando de la vida de la gracia durante la última cena, Jesús se define a sí mismo como vid, cuyos sarmientos difunden la vida.

«Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el viñador. Todo sarmiento que en mí no da fruto, lo corta, y todo el que da fruto, lo limpia, para que dé más fruto. Vosotros estáis ya limpios gracias a la Palabra que os he anunciado. Permaneced en mí, como yo en vosotros. Lo mismo que el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid; así tampoco vosotros si no permanecéis en mí. Yo soy la vid; vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto; porque separados de mí no podéis hacer nada (Jn 15,1-5)

Para los sarmientos el problema es permanecer unidos a la vid; pero no sólo para ser fecundos, para el apostolado, sino por la unión con Jesús en sí misma. Permanecer unidos a Cristo, permanecer en él, como él habita en nosotros, es un objetivo a perseguir por sí mismo, porque corresponde a la necesidad más profunda de la persona.

El ejemplo de San Pablo demuestra que se trata de la aspiración más fundamental del ser humano, al menos del que ha descubierto a Cristo y cree en él. Pablo expresaba su deseo de felicidad del más allá diciendo: “Deseo morir para estar con Cristo” (Flp 1,23).

A esta aspiración, en la vida presente, ha querido responder la Eucaristía. La comida es comida de comunión con Cristo, es decir, una comida que establece una unión con él, que toma todo el ser y permite a creyente permanecer en él como él permanece en nosotros.

5.2 La comunión nos separa del pecado

Todos tenemos experiencia de nuestra debilidad, sobre todo en el campo moral. Los que hacen propósitos serios se sienten humillados cuando no pueden mantenerlos. El único remedio para esta fragilidad es el auxilio divino. La persona tiene necesidad de una energía superior, que la permita superar sus debilidades. Jesús ha querido comunicarnos esta energía de forma habitual a través de la eucaristía.

El Cuerpo de Cristo que recibimos en la comunión es "entregado por nosotros", y la Sangre que bebemos es "derramada por muchos para el perdón de los pecados". Por eso la Eucaristía no puede unirnos a Cristo sin purificarnos al mismo tiempo de los pecados cometidos y preservarnos de futuros pecados: "Cada vez que lo recibimos, anunciamos la muerte del Señor" (1 Co 11,26). Si anunciamos la muerte del Señor, anunciamos también el perdón de los pecados. Si cada vez que su Sangre es derramada, lo es para el perdón de los pecados, debo recibirle siempre, para que siempre me perdone los pecados. Yo que pecco siempre, debo tener siempre un remedio (S. Ambrosio, sacr. 4, 28). (Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1393).

Por la misma caridad que enciende en nosotros, la Eucaristía nos preserva de futuros pecados mortales. Cuanto más participamos en la vida de Cristo y más progresamos en su amistad, tanto más difícil se nos hará romper con él por el pecado mortal. La Eucaristía no está ordenada al perdón de los pecados

mortales. Esto es propio del sacramento de la Reconciliación. Lo propio de la Eucaristía es ser el sacramento de los que están en plena comunión con la Iglesia.

5.3 Fuente de caridad

La señal por la que, según la intención de Cristo, la Eucaristía es fuente de caridad, no es dada por el hecho de que el momento elegido para la formulación del nuevo precepto del amor es la Última Cena. Jesús ha pronunciado el mandamiento del amor mutuo con ocasión de la institución de una comida que daría también la posibilidad de observarlo. Con la Eucaristía haría capaces a sus discípulos de amarse los unos a los otros como él los había amado.

En cuanto comida sacrificial, la Eucaristía tiende a comunicar a los participantes el amor que inspiró el sacrificio, un amor que no ahorró nada para procurar a los otros la felicidad y alcanzó la cumbre del heroísmo. El cuerpo y la sangre de Jesús, que son dados en comida y bebida, contienen todo el ardor del sacrificio.

5.4 Prenda de vida eterna

En una antigua oración, la Iglesia aclama el misterio de la Eucaristía:

*O sacrum convivium
in quo Christus sumitur.
Recolitur memoria passionis eius;
mens impletur grati
et futurae gloriae nobis pignus datur
¡Oh sagrado banquete,
en que Cristo es nuestra comida
se celebra el memorial de su pasión
el alma se llena de gracia,
y se nos da la prenda de la gloria futura!*

Si la Eucaristía es el memorial de la Pascua del Señor y si por nuestra comunión en el altar somos colmados "de toda bendición celestial y gracia" (MR, Canon Romano 96: "Supplices te rogamus"), la Eucaristía es también la anticipación de la gloria celestial (Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1402).

Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron; este es el pan que baja del cielo, para que quien lo coma no muera. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida (Jn 6, 49-50.54-55).

El banquete de alegría que es la Eucaristía celebrada y recibida durante nuestra vida mortal, es prenda y disposición para la vida eterna, anunciada repetidamente como el festín de los pueblos.

Hará Yahvé Sebaot a todos los pueblos en este monte un convite de manjares frescos, convite de buenos vinos: manjares de tuétanos, vinos depurados; consumirá en este monte el velo que cubre a todos los pueblos y la cobertura que cubre a todas las gentes; consumirá a la Muerte definitivamente. Enjugará el Señor Yahvé las lágrimas de todos los rostros, y quitará el oprobio de su pueblo de sobre toda la tierra, porque Yahvé ha hablado. Se dirá aquel día: «Ahí tenéis a nuestro Dios: esperamos que nos salve; éste es Yahvé en quien esperábamos; nos regocijamos y nos alegramos por su salvación. (Is 25,6-9).

A la primera comida, que en un tiempo ratificó la alianza establecida con Moisés y los ancianos de Israel, corresponde la última, que sellará la conclusión de la alianza eterna en fidelidad a las promesas hechas a David. La comida hace comprender todos los beneficios y todas las gracias que Dios dará a los hombres con aquella alianza.

6 El desarrollo de la celebración eucarística

Desde el siglo II, según el testimonio de S. Justino mártir, tenemos las grandes líneas del desarrollo de la celebración eucarística. Estas han permanecido invariables hasta nuestros días a través de la diversidad de tradiciones rituales litúrgicas:

<p>LA CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA SEGÚN LA PRIMERA APOLOGÍA DE SAN JUSTINO, nn. 65 y 67 (SIGLO II)</p>	<p>LA CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA SEGÚN EL MISAL DE PABLO VI (1967)</p>
<p>El día que se llama día del sol tiene lugar la reunión en un mismo sitio de todos los que habitan en la ciudad o en el campo</p>	<p>RITO DE ENTRADA Todos se reúnen. Los cristianos acuden a un mismo lugar para la asamblea eucarística. A su cabeza está Cristo mismo que es el actor principal de la Eucaristía.</p>
<p>Se leen las memorias de los Apóstoles y los escritos de los profetas, tanto tiempo como es posible. Cuando el lector ha terminado, el que preside toma la palabra para incitar y exhortar a la imitación de tan bellas cosas. Luego nos levantamos todos juntos y oramos por nosotros...y por todos los demás donde quiera que estén a fin de que seamos hallados justos en nuestra vida y nuestras acciones y seamos fieles a los mandamientos para alcanzar así la salvación eterna.</p>	<p>LITURGIA DE LA PALABRA La liturgia de la Palabra comprende "los escritos de los profetas", es decir, el Antiguo Testamento, y "las memorias de los apóstoles", es decir sus cartas y los Evangelios; después la homilía que exhorta a acoger esta palabra como lo que es verdaderamente, Palabra de Dios (cf 1 Ts 2,13), y a ponerla en práctica; vienen luego las intercesiones por todos los hombres, según la palabra del Apóstol: "Ante todo, recomiendo que se hagan plegarias, oraciones, súplicas y acciones de gracias por todos los hombres; por los reyes y por todos los constituidos en autoridad" (1 Tm 2,1-2).</p>
<p>Cuando termina esta oración nos besamos unos a otros.</p>	<p><i>El rito de la paz se hace después de la recitación del Padrenuestro.</i></p>
<p>Luego se lleva al que preside a los hermanos pan y una copa de agua y de vino mezclados.</p>	<p>EL OFERTORIO La presentación de las ofrendas (el ofertorio): entonces se lleva al altar, a veces en procesión, el pan y el vino que serán ofrecidos por el sacerdote en nombre de Cristo en el sacrificio eucarístico en el que se convertirán en su Cuerpo y en su Sangre. Es la acción misma de Cristo en la última Cena, "tomando pan y una copa".</p>
<p>El presidente los toma y eleva alabanza y gloria al Padre del universo, por el nombre del Hijo y del Espíritu Santo y da gracias (en griego: eucharistian) largamente porque hayamos sido juzgados dignos de estos dones.</p>	<p>LA PLEGARIA EUCARÍSTICA La Anáfora: Con la plegaria eucarística, oración de acción de gracias y de consagración, llegamos al corazón y a la cumbre de la celebración: En el prefacio, la Iglesia da gracias al Padre, por Cristo, en el Espíritu Santo, por todas sus obras, por la creación, la redención y la santificación. Toda la asamblea se une entonces a la alabanza incesante que la Iglesia celestial, los ángeles y todos los santos, cantan al Dios tres veces santo;</p>

	<p>En la epiclesis, la Iglesia pide al Padre que envíe su Espíritu Santo (o el poder de su bendición (cf MR, canon romano, 90) sobre el pan y el vino, para que se conviertan por su poder, en el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, y que quienes toman parte en la Eucaristía sean un solo cuerpo y un solo espíritu (algunas tradiciones litúrgicas colocan la epiclesis después de la anámnesis);</p> <p>En el relato de la institución, la fuerza de las palabras y de la acción de Cristo y el poder del Espíritu Santo hacen sacramentalmente presentes bajo las especies de pan y de vino su Cuerpo y su Sangre, su sacrificio ofrecido en la cruz de una vez para siempre;</p> <p>En la anámnesis que sigue, la Iglesia hace memoria de la pasión, de la resurrección y del retorno glorioso de Cristo Jesús; presenta al Padre la ofrenda de su Hijo que nos reconcilia con él;</p> <p>En las intercesiones, la Iglesia expresa que la Eucaristía se celebra en comunión con toda la Iglesia del cielo y de la tierra, de los vivos y de los difuntos, y en comunión con los pastores de la Iglesia, el Papa, el obispo de la diócesis, su presbiterio y sus diáconos y todos los obispos del mundo entero con sus iglesias.</p>
<p>Cuando terminan las oraciones y las acciones de gracias todo el pueblo presente pronuncia una aclamación diciendo: Amén</p>	<p>Con la doxología o alabanza al Padre termina la plegaria eucarística y el pueblo aclama diciendo: "Amén".</p>
<p>Cuando el que preside ha hecho la acción de gracias y el pueblo le ha respondido, los que entre nosotros se llaman diáconos distribuyen a todos los que están presentes pan, vino y agua "eucaristizados" y los llevan a los ausentes.</p>	<p>LA COMUNIÓN</p> <p>En la comunión, precedida por la oración del Señor y de la fracción del pan, los fieles reciben "el pan del cielo" y "el cáliz de la salvación", el Cuerpo y la Sangre de Cristo que se entregó "para la vida del mundo" (Jn 6,51).</p>

7 El culto a la Eucaristía

7.1 Desarrollo del culto a la presencia real

En los primeros siglos la Eucaristía era adorada públicamente, pero sólo durante el tiempo de la Misa y de la Comunión. La conservación de la Hostia consagrada, originariamente estaba prevista para llevar la Comunión a los enfermos y a los ausentes. Sólo durante el Medioevo, en Occidente, se manifiesta un culto más deliberadamente dirigido a la presencia, acentuando la adoración.

En el siglo XII se introduce un nuevo rito en la celebración de la Misa: la elevación de la Hostia consagrada en el momento de la consagración. Esto constituye una invitación a reconocer más expresamente la presencia de Cristo y a adorarlo.

En el siglo XIII, la adoración de la Hostia se desarrolla fuera de la Misa y acrecienta la afluencia popular en las procesiones del Santísimo Sacramento. En Lieja (Bélgica), en 1247, se introduce la fiesta del Santísimo Sacramento. El Papa Urbano IV extiende la fiesta a la Iglesia Universal. Es la fiesta del *Corpus Christi*, instituida para *adorar, venerar, glorificar, amar y abrazar* este sacramento tan excelso. Santo Tomás de Aquino recibe el encargo de escribir el oficio propio de esta fiesta.

En el siglo XIV se introduce el uso de la exposición de la Hostia en el ostensorio. Las bendiciones con el santísimo se multiplican.

Durante el Renacimiento se erige un tabernáculo sobre el altar mayor. Las visitas privadas al Santísimo Sacramento se difunden en el siglo XVIII por San Alfonso María de Ligorio.

En todo este desarrollo hay un valor doctrinal: la comprensión cada vez más profunda de la excelencia de la Eucaristía. A diferencia de otros sacramentos, la Eucaristía es adorada en sí misma.

No queda, pues, ningún lugar a duda de que, conforme a la costumbre recibida de siempre en la Iglesia Católica, todos los fieles de Cristo en su veneración a este santísimo sacramento deben tributarle aquel culto de latría que se debe al verdadero Dios [Can. 6]. Porque no es razón para que se le deba adorar menos, el hecho de que fue por Cristo Señor instituido para ser recibido [Mt. 26, 26 ss]. Porque aquel mismo Dios creemos que está en él presente, a quien al introducirle el Padre eterno en el orbe de la tierra dice: Y adórenle todos los ángeles de Dios [Hebr 1, 6; según Ps. 96, 7]; a quien los Magos, postrándose le adoraron [cf. Mt. 2, 11], a quien, en fin, la Escritura atestigua [cf. Mt. 28, 17] que le adoraron los Apóstoles en Galilea. Declara además el santo Concilio que muy piadosa y religiosamente fue introducida en la Iglesia de Dios la costumbre, que todos los años, determinado día festivo, se celebre este excelso y venerable sacramento con singular veneración y solemnidad, y reverente y honoríficamente sea llevado en procesión por las calles y lugares públicos. Justísima cosa es, en efecto, que haya estatuidos algunos días sagrados en que los cristianos todos, por singular y extraordinaria muestra, atestigüen su gratitud y recuerdo por tan inefable y verdaderamente divino beneficio, por el que se hace nuevamente presente la victoria y triunfo de su muerte. (CONCILIO DE TRENTO. Decreto sobre la Sagrada Eucaristía, Denzinger, n. 1643)

7.2 El culto a la presencia real en la celebración eucarística

En la Eucaristía hay una afirmación esencial de la presencia divina. Hay, pues, una invitación a la adoración. Aquel que se ofrece en su cuerpo y en su sangre como alimento y bebida, pide ser acogido por el valor divino de su amor. Por la fe sabemos que la Misa es una acción divina, no humana, y la presencia del Hijo de Dios sobre el altar reclama una actitud que es exclusiva en relación con la divinidad: la adoración.

Pero es necesario precisar en qué sentido hay esta adoración. Podríamos preguntarnos, de hecho, si la adoración puede dirigirse a una hostia. La adoración no se queda en la hostia en cuanto tal, que solamente es signo sensible de la presencia del cuerpo de Cristo. A través de la Hostia, el acto de adoración se dirige, por medio de la fe, al cuerpo invisible de Cristo. Este cuerpo puede y debe ser adorado porque

pertenece a la persona divina del Hijo de Dios. La adoración, efectivamente, está dirigida sólo a la persona. Lo recuerda con palabras profundas el antiguo himno *Adoro te devote*:

1. *Te adoro con devoción, Dios escondido,
oculto verdaderamente bajo estas apariencias.
A ti se somete mi corazón por completo,
y se rinde totalmente al contemplarte.*
2. *Al juzgar de ti se equivocan la vista, el tacto, el gusto,
pero basta el oído para creer con firmeza;
creo todo lo que ha dicho el Hijo de Dios;
nada es más verdadero que esta Palabra de verdad.*
3. *En la Cruz se escondía solo la Divinidad,
pero aquí se esconde la humanidad;
sin embargo, creo y confieso ambas cosas,
y pido lo que pidió el ladrón arrepentido.*
4. *No veo las llagas como las vio Tomás,
pero confieso que eres mi Dios:
haz que yo crea más y más en ti,
que en ti espere y que te ame.*
5. *¡Memorial de la muerte del Señor!
Pan vivo que da la vida al hombre:
concede a mi alma que de ti viva,
y que siempre saboree tu dulzura.*
6. *Señor Jesús, Pelícano bueno:
límpiame a mí, inmundo, con tu Sangre,
de la que una sola gota puede liberar
de todos los crímenes al mundo entero.*
7. *Jesús, a quien ahora veo oculto,
te ruego que se cumpla lo que tanto ansío:
que al mirar tu rostro cara a cara,
sea yo feliz viendo tu gloria. Amén.*